

ticas diversas en su guerra á la educación eclesiástica. La primera es la que vemos en nuestro país: después de haber quitado los bienes que la sostenían, se declaran inválidos oficialmente los estudios hechos en los seminarios. La segunda es la que ha querido poner en práctica el implacable Canciller de Alemania. Quien no siga sus estudios en las Universidades del Estado, quien no pase sus exámenes ante jueces nombrados por el Gobierno y á satisfacción de sus exigencias anti-católicas, aspira en vano al sacerdocio: no le permitirán ordenarse los tiranos que sojuzgan el país en que nació.

Este segundo medio es terrible, Señores: parece dictado por el mismo Príncipe de las tinieblas. El llevarlo á cabo sería destruir el sacerdocio en su misma raíz, pervertiendo desde temprano el alma del joven levita, por medio de esa comunicación forzada con los enemigos de su Religión y de su Culto. Mil veces peor esta infernal estrategia, que la ley inicua del sacrílego Reino de Italia, que sujetando á los clérigos al servicio militar, los obliga á completar su educación en el campamento.

En cuanto al sistema adoptado en nuestro país, no os escandalicéis, Señores, si os digo que no me disgusta. Permite muchas veces la Providencia que el golpe destinado á herir, sea precisamente el que devuelve la vida, y que el veneno se trueque en savia vivífica que restituye la salud. Al *segregarnos* así oficialmente de todos los demás ateneos; al cerrar la puerta de las carreras civiles á los que se educan bajo la protección de la Iglesia, se nos hace un doble servicio; y prescindiendo del perverso espíritu que la dictó, deberíamos estar agradecidos á los que tal disposición han trazado.

En efecto, el superior del seminario tiene más libre su acción, cuando ningún *extraño* hay bajo sus órdenes. El que una vez entra en el sagrado recinto, sabiendo que sólo un camino le es dado recorrer, se halla mejor escudado contra esas tentaciones que perturban á la veleidosa juventud, y sigue impertérrito el sendero que se le traza, obedeciendo sin replicar, estudiando sin tregua, ejercitándose en la piedad y amoldándose á la severa disciplina de la eclesiástica milicia. Así como el capitán que de veras ama su profesión, se complace en mandar soldados aguerridos, y huye de las turbas colecticias, que sólo introducen desorden en las filas, así el sacerdote envejecido en la educación de la juventud levítica, se regocija al verse exclusivamente entre los suyos, sin esa mezcla tan perniciosa para todos. Es cierto que así como un Rénan salió de un seminario de Sulpicianos, ó un Judas del reducido Senado Apostólico, así podrán abrigar en su seno alguna víbora anti-religiosa los colegios clericales del día; pero esa multitud de perseguidores é impíos, que produjeron algunos planteles eclesiásticos de otros tiempos, creo que no hay peligro que salgan hoy de nuestros seminarios reformados.

Vosotros, hijos agradecidos del Seminario de Montreyy, que habéis conservado tan buenos sentimientos hacia el colegio que os formó, apenas comprenderéis mi lenguaje. Ciertamente que *non potest arbor bona malos fructos facere*; pero en el orden moral hay fenómenos que salen fuera de la órbita de todas las reglas. Dichosos vosotros que no sabéis ni aun el nombre de ingratitud.

Otra inmensa ventaja nos resulta en la actualidad de

esa especie de ostracismo á que se ha condenado en masa al clero católico, formado ya ó en vía de formación; y es la libertad que tenemos para normar á nuestro sabor los estudios clericales. Gracias á Dios no hay Universidades donde se vean tentados á graduarse los jóvenes levitas. ¡Curioso había de ser un doctor en Teología borlado en una Academia como las que hoy se estilan! ¡Bella figura haría un sacerdote estudiando esas leyes que son todo, menos *ordinatio rationis*! Si alguno toma sus grados entre nuestros sacerdotes, tiene que ser en virtud de disposición pontificia, y despues de exámenes competentes en materias acomodadas á su estado y carácter.

Entretanto, dejando que se multipliquen planes de estudios y que la educación se agite á cada paso por contrarios vientos, la Iglesia en el fondo de sus seminarios sigue cumpliendo con su misión divina de conservar las letras y la verdadera ciencia á las generaciones futuras. ¿Qué importa que nuestros adversarios nos lancen epítetos denigrantes é inventen contra nosotros abominables calumnias? ¿Qué importa que tachen de bárbara la profunda filosofía, que nacida con Aristóteles, revivió con Santo Tomás, y hoy renace con León XIII? ¿Qué importa que califiquen de tiempo perdido los años que hacemos pasar á nuestros jóvenes con Virgilio y Cicerón, con Homero y Horacio? Cuando oigo sus diatribas, se me figura oír á los valientes, pero ignorantes guerreros de la edad media, censurando con desprecio á los monjes que pasaban la vida copiando manuscritos, y enseñando las letras á los que no desdeñaban aprenderlas. Y sin embargo, hoy aun los enemigos de la Religión bendicen á esos monjes, en su propio siglo desdeñados,

y confiesan los beneficios que les debe la humanidad. Así sucederá en lo futuro con nosotros: ¿qué importa que ahora desconozcan nuestros servicios?

Veo que he divagado, Señores. Os ofrecí concretarme en mi discurso á nuestro Colegio Seminario, y de todo os he hablado, menos de él mismo y de sus estudios. ¿Cansaré más tiempo vuestra paciencia, ó saldré del paso tocando brevemente los puntos que indiqué? Prestadme atención breves minutos.

Estoy satisfecho del orden de estudios que he hallado establecido, y me complazco en dar fé del aprovechamiento de sus alumnos. En los libros de texto que sirven para la Teología Dogmática, y para la Filosofía racional, vamos á hacer algunos cambios para conformarnos con la letra y el espíritu de la Encíclica de Agosto del año próximo pasado. Con respecto á la Teología Moral, seguiremos abrazados á la bandera del "Probabilismo moderado" enarbolada por el Doctor de la Iglesia San Alfonso Liguori, y que tan bien sostienen en el libro que nos sirve de texto, el P. Gury y su anotador el P. Ballerini, el más simpático quizá de los doctos profesores cuyas lecciones escuché hace veinte años en la Universidad Gregoriana. Especial atención se ha puesto últimamente en el estudio de la Historia Eclesiástica, y será uno de los ramos que recomendaré de preferencia á la juventud eclesiástica. *Multi committuntur errores propter ignorantiam historiae*, decía ya en su tiempo San Jerónimo. ¡Oh insigne Doctor! ¿Qué dirías si pasaras los ojos por tantos pliegos como se estampan hoy día henchidos de los errores más garrafales? ¿Qué dirías tú, que en Italia y Palestina tantas

tierras recorriste y tantos lugares examinaste, si supieras que muchos entre nosotros ignoran hasta la geografía de su propio país, y del Continente Americano casi solo saben el nombre? A este ramo también, Señores, se aplicarán mis seminaristas en adelante con duplicado ahinco. Ya en los últimos exámenes, á que personalmente asistí, tuve ocasión de ver que no se había descuidado, y de animar á los cursantes de dicha cátedra con las palabras y con el ejemplo.

Sabéis mejor que yo que nuestro gabinete de física no es nada despreciable, y que no por atender á las ciencias morales, se han visto con negligencia las naturales y las exactas. Aunque en un sacerdote no son las matemáticas de gran provecho práctico, sirven para formar el ánimo y acostumbrarlo á esa precisión, á esa exactitud á que en vano se procura llegar por otros caminos. Se atenderá á ellas como hasta aquí, y mantendremos siempre estos estudios al nivel de los adelantos del siglo.

No es un misterio para vosotros ni para nadie, mi idolatría por la antigüedad, mi veneración por los clásicos de Grecia y de Roma, mi profundo amor á las lenguas sabias. Bien podréis imaginaros, por tanto, que los dos breves años que se dedican, no solo en nuestro seminario, sino en casi todo el país, al estudio de la *Gramática Latina*, están muy lejos de satisfacerme. Es imposible introducir en un momento reformas radicales, ni hacer que nuestros jóvenes consagren á los estudios clásicos tantos años como en las Universidades inglesas y alemanas. Pero sí deseo que mis eclesiásticos no se contenten con el aprendizaje de la *gramática*, sino que adquieran el *idioma* y se empapen en la literatura latina.

También deseo introducir el estudio del griego, y á ello tenderán mis primeros esfuerzos. Para ello habrá que consagrar mayor número de años á las humanidades, y en tiempo oportuno dictaremos las medidas conducentes á esta importantísima reforma.

No necesito, ni quiero, cansaros con más promesas, ni comunicaros más proyectos. Básteos saber que, ligado con el Señor Rector por antiguos vínculos de amistad, y poseyendo éste toda mi confianza, concebir un plan y verlo realizado es obra comparativamente fácil y breve. Cuando hay unidad de acción, todos los obstáculos se vencen, y el camino más largo se recorre en cortísimo tiempo.

JÓVENES SEMINARISTAS:

Pocos días han pasado sin que yo os haga una visita, y en muchos de vuestros exámenes he querido estimularos con mi presencia y con mi palabra. Celebro que á más de los estudios principales hayáis atendido á los idiomas modernos. Mucho me complace el curso particular de Religión, en que tanto habéis aprovechado.

Me he estremecido de gozo al daros yo mismo vuestros premios, y ¿lo diré? particular satisfacción me ha cabido al ver que dos adolescentes de mi antigua diócesi se han llevado los más distinguidos: el de aplicación y el de buena conducta. ¡Ah! No olvidéis, al tornar á la orilla del Bravo, los sanos principios que se os han inculcado, ni os avergoncéis de confesar paladinamente á Jesucristo y de predicar sus santísimas doctrinas.

¡Quedad todos en paz! Marcho á cumplir en el Colegio del Saltillo el mismo grato deber que he desempeñado entre vosotros. ¡Tres ateneos en la diócesi, en lugar del único seminario que existía! Hé aquí la obra gloriosa de mi Predecesor. Rogad á Dios por que yo pueda continuarla, y prestadme vuestra eficaz cooperación.



DISCURSO

LEIDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO DE
MONTERREY, LA NOCHE DEL 30 DE OCTUBRE
DE 1881.